

# XXXIII Domingo (T.O. – B)

---

18/11/2012

Oratorio de san Felipe Neri

Alcalá de Henares

Cada año la liturgia nos hace recorrer todos los misterios de la vida de Jesús, su nacimiento, su muerte, su resurrección y cada uno de los momentos de su vida pública, sus milagros, su predicación... En la liturgia vemos que estos misterios son cumplimiento de el plan que Dios había trazado desde el principio para llevarnos a su vida, del designio eterno de Dios. Cada uno de los momentos de la vida de Jesús responde al plan de Dios para salvarnos. Eso se verifica domingo tras domingo poniendo la vida de Jesús que nos muestran el Evangelio en relación con el AT, de donde se toman normalmente las primeras lecturas. Así se muestra cómo Dios había prometido, preparado y anunciado esta salvación que tendría que llevar a cabo su propio Hijo hecho hombre.

Y no sólo vemos la relación de cada uno de los momentos de la vida de Jesús con el plan eterno de Dios, sino también con nosotros. No recordamos las cosas que hizo o que padeció Jesús como algo sólo del pasado. Sino como algo que aconteció entonces pero que nos toca a nosotros. Esto sólo es posible gracias a la RESURRECCIÓN de Jesús. Que las palabras de Cristo, sus milagros, las cosas que hizo o que padeció puedan afectarnos realmente y darnos a cada uno de nosotros la salvación sólo es posible porque con la resurrección Cristo ha superado los límites del tiempo, ha entrado en la eternidad de Dios y así en su humanidad él puede ser contemporáneo de todos los hombres y contemporáneo nuestro, vivir realmente a nuestro lado. Esa presencia de Cristo se actualiza en la liturgia. Aquí, en la liturgia, es Cristo resucitado quien habla, y quien hace resonar su voz en el Evangelio y quien transforma el pan en su Cuerpo y lo da a sus discípulos. La liturgia, la que celebramos cada Domingo, es la obra de Cristo.

¿Qué significa lo que estamos diciendo?

Eso significa que la obra de Cristo abarca toda la historia. Cuando se dio comienzo el Universo, Cristo era ya el centro de aquella gigantesca y grandiosa obra, porque estaba en el centro del plan creador de Dios. Cristo estaba presente en cada una de las etapas con las que se fue preparando su venida en Carne, guiando la historia con su Espíritu hacia el momento definitivo de su plenitud. Ese momento llegó con su Encarnación, con su muerte, con su resurrección y con el envío del Espíritu Santo sobre su Iglesia. Desde entonces, desde su encarnación, vivimos en este momento marcado por la presencia de Cristo entre nosotros.

Pero esta presencia de Cristo entre nosotros, antes y después de su resurrección, está marcada por la humildad. ¿Qué humildad? La humildad de Dios que se presenta ante los hombres en signos pobres para suplicar su fe. Dios da testimonio de sí, nos dice que él nos ama, que todo lo hizo para nosotros, que ha preparado para nosotros el cielo, la morada de su gloria, la gloria del amor eterno y perfecto de la Trinidad, que quiere no sólo perdonar nuestros pecados, sino elevar nuestra dignidad hasta hacernos partícipes de su propio ser. Pero todo

eso nos lo comunica a través de signos pobres que requieren la fe. Él nos habla de sí y nos pide que le creamos. No nos muestra la luz de la divinidad, no nos muestra su gloria eterna, no nos muestra la belleza incomparable de su ser, sino que se nos manifiesta sólo a través de la humanidad que asumió en el seno de María y ahora a través de esta humanidad que somos nosotros, su Iglesia, su Cuerpo.

Él se oculta tras estas manos del sacerdote, tras su voz, tras cada uno de los cristianos, tocados todos, todos nosotros, por el pecado. Lo ha hecho así desde el principio, desde que tomó carne en el seno de María y fue envuelto en pañales y puesto en un pesebre. ¿Por qué? Porque no quiere someter nuestra razón con la evidencia de una luz más fuerte y poderosa que la luz del sol. Él quiere nuestro amor, un amor que sólo puede nacer de la fe, por la cual nosotros aceptamos el testimonio que Cristo da de sí, sin tener más prueba que su palabra, sin tener más evidencia que lo que él dice de sí mismo. Aunque hay otros muchos signos que nos indican que su palabra es verdadera, al final tenemos que fiarnos de él, debemos creer o retirarnos de su lado.

Los apóstoles vivieron esta ley del ocultamiento de la gloria de Cristo y nosotros exactamente igual.

Pero en el Evangelio de hoy Cristo nos habla de un paso de este estado de ocultamiento a otro estado de manifestación universal de su gloria. Pasará el tiempo en el que el amor vive de la fe. El amor de Dios por nosotros y nuestro pequeño pero verdadero amor por Dios dejará de vivir en medio del pecado, en medio de la debilidad, en medio de la pobreza, en medio de nuestras miserias, en medio de las dudas y de las tentaciones. Todo este estado de cosas pasará y contemplaremos la gloria de nuestro Señor y nosotros participaremos de su gloria y nuestro amor ya no buscará en medio de la oscuridad de la fe, sino que se saciará en el gozo de su presencia.

Pero el Señor nos advierte en el Evangelio que el momento de este “paso”, de un estado a otro, será un paso lleno de dolor y de oscuridad: ***“Después de una gran angustia, el sol se oscurecerá, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán de los cielos, los astros se tambalearán”***. Hay que tener en cuenta que el Señor habla aquí con un lenguaje metafórico, para expresar con imágenes el hecho cierto de que todo este mundo pasará y de que este paso irá acompañado de oscuridad y de dolor. Pero no sólo se expresa así un sufrimiento y un dolor externo, sino también una oscuridad en la razón, en la voluntad, en la fe, una oscuridad espiritual. Os digo que esta oscuridad y este dolor no son algo así como un castigo divino a la humanidad. Nada de eso. Son como los últimos dolores del parto, que dan a luz un mundo nuevo. Estos últimos dolores del parto no son sino una participación de toda la creación en la cruz de Cristo, y a través de la participación en los sufrimientos de la pasión, esta misma creación será redimida y pasará a participar de la gloria de su Señor.

Hay algo más: este paso, acompañado por la oscuridad y por el dolor no son exclusivos del fin último y definitivo. Hemos escuchado: ***“En verdad os digo que no pasará esta generación sin que todo esto se cumpla”***. Nosotros no sabemos cuando llegará el fin, muchas generaciones de cristianos han pasado y muchas pueden pasar antes del fin, pero es importante saber que para todos este paso se adelanta en el transcurso de la propia vida. Todos pasaremos, antes o después, por la prueba, la tentación, la angustia, el dolor y la

muerte. Debemos estar preparados. Es la prueba de la fe, la prueba donde el amor se hace capaz del amor de Dios, un fuego que purifica nuestro amor para hacerlo más valioso que el oro, digno de entrar a participar del amor de Dios. No es un castigo, es la participación en los misterios de la muerte y resurrección de Cristo. También él, el primero de todos, dio este paso, en medio del dolor y de la oscuridad de la fe. Es la oscuridad que manifestaban sus palabras: *“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”*.

No es un castigo, al contrario, con este paso, nuestro Señor nos reúne, nos acerca definitivamente a él. Seremos llamados a él los que mantengamos la fe. Y eso, que ocurrirá en nuestra vida de forma oculta a los ojos de los demás, será manifiesto cuando Cristo desvele su gloria ante los ojos atónitos de todos los hombres, ante los ojos llenos de alegría de aquellos que le han dado fe y le han esperado: *“Entonces verán venir al hijo del hombre sobre las nubes con gran poder y gloria; enviará a sus ángeles y reunirá a sus elegidos de los cuatro vientos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo”*. Ahora no podemos imaginar la gloria, la luz, la belleza, la alegría de este día. Ahora debemos perseverar en la fe oscura y afrontar las pruebas para que nuestro amor se purifique. Todo pasará, pero las palabras del Señor no dejarán de cumplirse y permanecerá para siempre su amor y el amor de los que, unidos a él, han soportado hasta el fin el combate de la fe: *“El cielo y la tierra pasarán pero mis palabras no pasarán”*.

Alabado sea Jesucristo

P. Enrique Santayana c.o.